



maciones producidas por las casas editoriales.

«Nada de dramatismos —dice, por ejemplo, Nino Damascelli, uno de los dirigentes de la Etas Kompass—. Seguimos imprimiendo libros, pero evitamos, para volver al anterior ejemplo del ferrocarril, la puesta en marcha de una especie de transiberiano del papel; nos interesan los materiales de tipo audiovisual. Es decir, que no nos dejamos sorprender ni sobrepasar por la realidad de los hechos que hoy se producen a un ritmo cada vez más acelerado».

Nuevos métodos didácticos

Existe ya un mercado de la información: las empresas solicitan información y las industrias especializadas les ofrecen equipos cada vez más avanzados tecnológicamente y, al mismo tiempo, de manejo cada vez más fácil; también pide información el «mercado de la instrucción», que no se limita simplemente a la escuela, sino que abarca otros sectores: las organizaciones que necesitan formar rápidamente y de forma barata nuevas generaciones de especialistas, las industrias que han de instruir rápidamente al personal con vistas a nuevas metodologías productivas, millones de profesionales y técnicos que necesitan estar al día.

«Pero en este campo no se trata tanto de injertar nuevos instrumentos técnicos a viejas metodologías didácticas, es decir, de poner a disposición de los profesores pizarras luminosas o circuitos cerrados de televisión, diapositivas o bobinas de cinta telerregistrada, cuanto de afrontar el tema de la instrucción de forma global, con una mentalidad sistemática, persuadiendo, por ejemplo, a los profesores de que los nuevos medios que les ofrece la industria de la información, para resultar totalmente eficaces, exigen una renovación radical de los métodos didácticos. El que algunos experimentos realizados en los últimos años en Estados Unidos no hayan dado los resultados esperados se deba principalmente al hecho de que muchas industrias se han limitado a suministrar simplemente las máquinas, sin dar instrucciones de ningún tipo a aquellos a quienes iban destinadas. Es imprescindible saber cómo usar la máquina de la forma más ventajosa en relación con las exigencias concretas de cada empresa o institución».

Información, pues, suministrada del modo más simple y cómodo en el momento y en el lugar más apropiado, en las casas y en las fábricas; información cada vez más abundante suministrada mediante memorias electrónicas, microfilms, millones de kilómetros de cintas registradas, bobinas cada vez más minúsculas y densas de datos e imágenes, desde grandes centrales con las que cualquier individuo podrá ponerse en contacto con sólo pulsar un botón: los sistemas de terminales que hoy dialogan a cualquier distancia con las calculadoras electrónicas (en muchos Ban-

cos, por ejemplo, o en las ventanillas de las compañías aéreas donde el viajero observa cómo el empleado pulsa una serie de botones antes de hacerle entrega de la tarjeta de embarque) terminarán en un tiempo no muy lejano por entrar en los hogares. La «terminal» será un objeto familiar como el teléfono (que, por otro lado, es también una terminal): podremos pedirle imágenes del presente o del pasado, encuentros de fútbol de 1934 o boletines de Bolsa, el periódico de hoy o una lección de Filosofía con el profesor Horkheimer como catedrático.

Por el hilo telefónico

El problema es el coste. La «información fresca», es decir, la que podremos solicitar de las grandes centrales receptoras y transmisoras y que llegará a nuestros ojos y a nuestros oídos en el momento exacto en que nos sirve o nos apetece, viaja o bien bajo forma de impulsos electrónicos y a la velocidad de la luz por un canal que es casi exclusivamente el simple hilo telefónico (los canales radiofónicos están actualmente sujetos a excesivas perturbaciones). Ocupar un hilo telefónico cuesta demasiado dinero, tanto es así que hasta las grandes organizaciones que disponen de sistemas a «real time» (un computador central en diálogo con una red periférica de terminales) continúan enviando por correo las informaciones menos urgentes, aunque sea bajo forma de cinta perforada.

Es por eso por lo que el concepto de información no se refiere sólo al contenido o a las máquinas (simples o complicadas) capaces de producirla, recogerla, tratarla, sino también a los canales utilizados en su transmisión. Es por eso también por lo que un organismo como el Iri, que controla la totalidad de la red telefónica italiana, ha considerado oportuna la creación de la «Sociedad Italiana de Sistemas Informativos Electrónicos» (Italsiel).

«El control de la información no sólo al nivel de su producción, sino también al nivel de su comunicación y distribución, presenta perspectivas alarmantes en este siglo que, como ha escrito el filósofo checo Kosik, comporta la enseña de la manipulabilidad —me dice un ayudante de la Facultad de Filosofía—. Pero, por otro lado, si el control de la información constituye un factor decisivo del poder, también es verdad que la información comunicada es, a su vez, un factor importante de erosión del poder. ¿Se acuerda de Kafka en el «Mensaje del Emperador»? El drama del protagonista consiste en no poder recibir el mensaje que, sin embargo, ha sido enviado; si pudiese recibirlo al instante, no digamos por teléfono, porque el Emperador no telefona jamás a sus súbditos, sino por escrito o mediante una imagen reflejada en la terminal doméstica, su espera no sería tan vana o, quizá, se daría cuenta inmediatamente de que ni el Emperador ni su mensaje tienen, después de todo, tanta importancia». ■ GIOVANNI GINDIA.